

JOSÉ M. ESTRUGO, *Los sefardíes*. Editorial Lex, La Habana, 1958; 145 pp.

Aquí tenemos por fin impreso aquel "más amplio original" a que se refería el redactor de *Sef* (14, 1954, 128-147) al presentar extractos, muy hábilmente escogidos y zurdidos, del manuscrito del señor Estrugo. No es libro que pretenda dirigirse a lectores especializados en historia, lingüística o folklore, pero todos ellos encontrarán aquí datos interesantes, y a menudo nuevos, sobre los sefardíes de Turquía y de los Balcanes.

Entre las diez partes, de muy desigual extensión, que componen la obra, sobresalen la segunda —en torno a ciertos documentos históricos del siglo XVI, y con muchas referencias a la historia posterior de los sefardíes en Europa y América— y la cuarta, sobre tradiciones y costumbres, que el autor pone a menudo en relación con las de determinadas regiones españolas. También la bibliografía que maneja el señor Estrugo parece más sólida, y algo más completa, en la sección histórica que en la lingüística, aunque de vez en cuando nos quedemos sin saber el origen de una que otra cita o afirmación, o comprobemos que no se han utilizado obras como *La realidad histórica de España*, de Américo Castro, que tanto hubieran servido para corroborar ciertas ideas y tendencias del señor Estrugo.

De todos modos, prestan mucho sabor a esos dos capítulos tales o cuales datos escuetos y reveladores: "los sefardíes fueron los primeros en introducir la imprenta en el imperio otomano, en 1515" (p. 53); el Jewish Theological Seminary of America conserva "un manuscrito de la Biblia empezado en Toledo cuatro meses antes de la expulsión y completado en Constantinopla en 1497" (p. 53). O anécdotas graciosas, o breves relatos históricos patéticamente comentados: así el de la expulsión de los judíos en 1492, para el cual se utiliza el testimonio de Andrés Bernáldez (p. 15), y el de los trescientos [¿por treinta?] mil ducados que unos rabinos ofrecieron a los Reyes Católicos para evitar el destierro, protestando que no habían tenido parte en la muerte de Cristo (p. 14). O fragmentos de cartas como aquella en que Gabriel Alomar habla de los periódicos sefardíes del Cercano Oriente que él mismo deletreaba —nos dice— "con fervorosa emoción" (p. 17). O misteriosas correspondencias que, según el señor Estrugo, enlazan ciertos ademanes judíos rituales —p. ej. la mano al pecho, con el anular y mayor unidos y el índice y meñique separados— con el caballero de El Greco y con algunos retratos de Cristóbal Colón (p. 22).

No siempre indica el autor con precisión la cronología de los hechos que cita, ni aun tratándose de tiempos modernos. Particularmente útil hubiera sido hacerlo en sus "Reminiscencias de la judería" (pp. 51-70), llenas de pormenores sobre usos de la vida diaria en Salónica y otras poblaciones sefardíes. El autor empieza por dar a entender (p. 51) que sus recuerdos entran hasta en época tan cercana como la de la segunda guerra mundial, pero algunas de las costumbres que señala, como la de pasear el ajuar de las novias en coches abiertos (p. 55) o la de tratar a los padres en tercera persona (p. 64), sin duda habían desaparecido ya para entonces. En conjunto, sus descripciones nos dejan la impresión de corresponder a varios decenios antes de la época que les asigna.

Un permanente afán de asociar la cultura de los sefardíes con los aspectos más favorables de la española le hace al mismo tiempo enlazar la lengua judeo-española de hoy con la mejor literatura de los Siglos de Oro. En los pliegues de su vasta defensa del modo de vida sefardí (especialmente en lo que toca a sus altos valores morales) va envuelta la apología de su lengua. Y el autor arremete contra toda crítica que, ante las divergencias entre la lengua actual de España y la de los sefardíes, concluya que ésta sea corrupción de aquélla. Le es fácil mostrar coincidencias e insistir pintorescamente en la continuidad (el antiguo español se ha conservado en los sefardíes como en "discos fonográficos de carne y hueso", p. 71).

En la conciencia lingüística de estos judíos hispanohablantes, y aun en la de las gentes que conviven con ellos, lo judío y lo hispano, afirmándose en un ambiente de religión y lengua extrañas, vienen a identificarse curiosamente. El autor lo ejemplifica con casos tan divertidos como instructivos (pp. 64-65): el de la vieja sefardí que, al llegar a Cuba, pregunta a su hijo: "...¿Todos son judíos aquí... que avlan como nosotros?"; el del griego de Salónica que, desembarcando en tierra mexicana, exclama: "¿Qué es lo que pasa, que aquí todo el mundo habla judío?" (como muchos *saloniclites*, entendía el español, pero no distinguía entre *ladino* y *evreica* 'hebreo'); el de los turcos de Constantinopla que, oyendo hablar a los tripulantes del "Jaime I", nave española que llegó a ese puerto en 1923, pensaron que se trataba de un "barco judío".

Por otra parte, al lector no deja de llamarle la atención que el propio señor Estrugo se refiera al habla de los sefardíes como "al español del tiempo de Cervantes" (p. 52), y que expresamente sitúe sus orígenes en la España de los Siglos de Oro: "...No es tan antiguo como el que se hablaba en España en los siglos XI, XII y XIII", explica (p. 71). Y continúa allí mismo, salteando la época inmediatamente posterior: "Es más bien el de los siglos XVI al XVIII..." Ciertamente que, en medio de esta confusa cronología, salva a su modo la omisión reconociendo también la presencia de "algo de la época pre-cervantina, como la de los Arciprestes de Hita y de Talavera, y mucho de los tiempos de Fernando de Rojas, Cervantes, Quevedo, etc." (p. 71), sólo que prefiere insistir (p. 74) en el influjo de los judíos que abandonaron España después de 1492.

En su capítulo sobre "El habla de los sefardíes del Oriente Próximo" hace el autor entrar ampliamente el estudio de la pronunciación. No siempre es fácil seguir estas explicaciones, ya por lo impreciso de los tecnicismos empleados y de tal o cual comparación con fonemas ingleses, ya por la siempre brumosa cronología, como cuando se afirma (p. 78) que "el ceceo comenzó probablemente a principios del siglo XVI", pero que "en los tiempos de Nebrija y de Juan de Valdés, la *c* y la *z* no se ceceaban". Útiles suelen ser, no obstante, sus comparaciones entre distintas zonas del judeo-español, y sus muchos ejemplos, a veces aprovechables hasta para llegar a conclusiones diversas de las del autor.

Otros variados y fragmentarios materiales lingüísticos: fórmulas de saludo, bendición y maldición (pp. 53-55), motes (56), "consejas" (60-61), oraciones (62-63), hispanismos conservados por los sefardíes en el Sur

de Francia (cap. vn), refranes y frases hechas (viii), canciones (ix). Una abundante lista de nombres y apellidos sefardíes se nos da en las pp. 39-49. El autor se pronuncia (p. 109), como era de esperar, por el origen hebraico de palabras como *meldar* (aunque cita el gr.-lat. *meletare*, que toma del DCEC), *desmazalado* ("es más bien hebreo que latín. Viene de *mazal* 'suerte'"; no parece conocer los trabajos de Y. Malkiel, J. M. Piel, L. Spitzer, ni aduce aquí el DCEC), y hasta *don*. Dice no hallar en Covarrubias *judías* 'habas' (p. 67); es extraño que no diera allí, *s.v. judío*, con *judigüelo* 'cierto género de arvejas'. Pero además es para él hebraica la terminación *-ón* de aumentativo, y construcciones sintácticas como "el niño ese", "la noche aquella" (p. 108), y desde luego el "estar en sus trece" (los trece artículos de la fe, de Maimónides, que se han de recitar en peligro de muerte, p. 16). "Típicamente orientales" (p. 64) son frases como "está usted en su casa" (claro que el ingl. "Make yourself at home" no entra en su juego de comparaciones hispano-semíticas) y como la respuesta "Que mande" (nosotros sólo conocíamos "¿Qué manda?"), tan parecida al "Mande" mexicano.

El autor no aspira a agotar sus temas, sino más bien a presentarnos un variado panorama de la cultura sefardí. Así se complace en la descripción de comidas, fiestas y otros aspectos significativos de la vida cotidiana en las comunidades que ha conocido (pp. 51-70); nos da interesantísimas muestras de correspondencia sefardí moderna (97-98); prodiga toda clase de anécdotas y recuerdos pintorescos. Es precisamente lo directo y cordial de esa experiencia suya lo que desde el comienzo se atrae las simpatías del lector.

DENAH LIDA

Brandeis University.

WALTER PABST, *Novellentheorie und Novellendichtung. Zur Geschichte ihrer Antinomie in den romanischen Literaturen*. Universität Hamburg, 1953. 254 pp. (*Abhandlungen aus dem Gebiet der Auslandskunde*, Band 58, Reihe B. *Völkerkunde und Sprache*, Band 32).

En esta obra se plantea con toda amplitud un problema capital de la novelística, que la atenaceó hasta el siglo xvii: la divergencia (o antinomia, como prefiere Pabst) que se da entre la teoría y la práctica del arte narrativo desde sus comienzos en la Edad Media hasta la época mencionada, en que se supera la cuestión. A los efectos de tal estudio el autor divide su obra en cuatro grandes partes. La primera, introductoria, analiza los "*exempla, novae y narratio* en la teoría medieval". La segunda, dedicada a Italia, parte de Boccaccio para rematar en Castiglione, pasando, entre otros, por las *Cento novelle antiche* y Eneas Silvio. Sigue lo español, y de inmediato volveré sobre ello. La última sección es la de Francia, donde se estudian las *Cent nouvelles nouvelles*, Bonaventure des Périers, Margarita de Navarra, etc., para terminar con los *Contes et nouvelles* de Lafontaine.

La sección dedicada a España, que es la que nos concierne, está dividida a su vez en tres partes. La primera, intitulada "La tradición